

Hablando en plata

Las sociedades avanzadas son sociedades industriales. Incluso las más avanzadas son las que han superado esta etapa y han alcanzado un estadio superior que se ha dado en llamar postindustrial. Tienen como característica más importante que son impulsoras de la innovación tecnológica.

Si bien la industria es el motor del desarrollo económico, se ha modificado el modelo de producción desde un modelo masivo que exigía un tamaño muy grande de empresa a un modelo de producción más flexible, que resulta casi independiente del tamaño. Esto lleva a que las regiones saturadas, en donde se localizan las grandes industrias que fabrican en serie, se desplacen hacia áreas dotadas de un tejido industrial manufacturero muy diversificado.

Ha llegado el momento para el desarrollo de la industria manufacturera, y en particular del que a nosotros nos interesa el de la industria de la madera. En realidad ha llegado ya hace unos años, prácticamente desde mediados de los 80.

Aquél fué el momento en que los sectores manufactureros necesitaban todo el apoyo del Estado para iniciar esa nueva andadura y había que aprovechar desde el principio esta ocasión única donde confluían simultáneamente la apertura de los mercados (acicate de la competitividad) y la revolución tecnológica. Mirando hacia atrás podemos decir que el Estado se debería haber volcado menos en la gran industria y haber cuidado a las pequeñas y medianas empresas que son las que necesitan que se les retiren los obstáculos que encuentran en el camino: intereses altos, malas comunicaciones, impuestos altos con poca cuota de retorno y mal gestionados, sindicatos arcaicos, rigidez laboral, etc. Las empresas necesitan cauces para recibir cuanta información técnica y económica se vaya generando, necesitan apoyos para mejorar su competitividad, su calidad, su diseño, la comercialización de sus productos, etc.

El camino de apoyo a la industria hasta ahora ha sido el de las subvenciones, pero se trata de un apoyo envenenado: son injustas, crean competitividad desleal y no pueden aplicarse correctamente porque terminan desviándose a otros fines, a tapar otros agujeros. Además han servido para poco, como se ha demostrado.

Del abanico de subvenciones y otras ayudas a las que podían acudir las empresas destacan aquellas que emanan de la vieja política intervencionista de la Comunidad Económica Europea, que nació para controlar rígidamente al sector agrario.

Estas ayudas que tuvieron la finalidad de corregir desequilibrios regionales se iniciaron con la creación de los fondos FEDER en 1975. Ya en nuestro país teníamos antecedentes similares con los Polos, Polígonos y Grandes Áreas de desarrollo industrial y sabíamos que estas ayudas servirían para poco. Estudios recientes realizados sobre las 164 regiones de la Comunidad Europea (antes de la última ampliación) en el período de 10 años de 1980 a 1990 demuestran que los resultados no han sido los esperados y, a veces, han sido los contrarios.

En nuestra industria de la madera las ayudas derivadas de la ley de incentivos regionales ha servido para poco. Se ha propiciado la creación de muchas empresas que nacían muertas, se ha fomentado la creación de núcleos de industrias que si bien individualmente podrían ser viables no lo eran a nivel colectivo y se ha dejado en manos de los políticos decisiones que deberían haber tomado los propios empresarios. Sólo hay que recordar los apoyos que han recibido empresas de tableros o de puertas, por ejemplo, para ver el daño que en su conjunto se ha hecho al sector.

Las subvenciones vía programas que gestiona el Ministerio de Industria han sido para nuestro sector una pompa de jabón. Un sector con más de veinticinco mil empresas y una producción superior al billón de pesetas no ha recibido prácticamente nada mientras las grandes empresas se han llevado la parte del león empleándolo muchas veces en tapar pérdidas, trastocando así la propia esencia de los programas que iban destinados a mejorar la calidad, la innovación o la I+D.

Desde la Administración, por puro interés político se ha apoyado también la creación de centros tecnológicos innecesarios y poco eficientes, cuyas ayudas han dilapidado, muchas veces, en equipos que nunca funcionarán o que sirven para crear una competencia desleal hacia otros centros, como AITIM, que no recibe subvención alguna.

Las nuevas políticas tecnológicas que se están planteando los países más avanzados para ayudar a sus empresas, desde luego no se basan en las subvenciones. Hay un apoyo decidido a la I+D, pero seguido de un esfuerzo muy grande por difundir los conocimientos a todas las empresas. Muchas veces los conocimientos están, pero no se aplican con la máxima rentabilidad porque no llegan a las empresas. AITIM lleva muchos años haciendo un esfuerzo en este sentido trabajando no para beneficio propio o de unos pocos, sino para el beneficio de todo el sector. Hay una nueva etapa, pero dudamos que sea distinta. Veremos.

